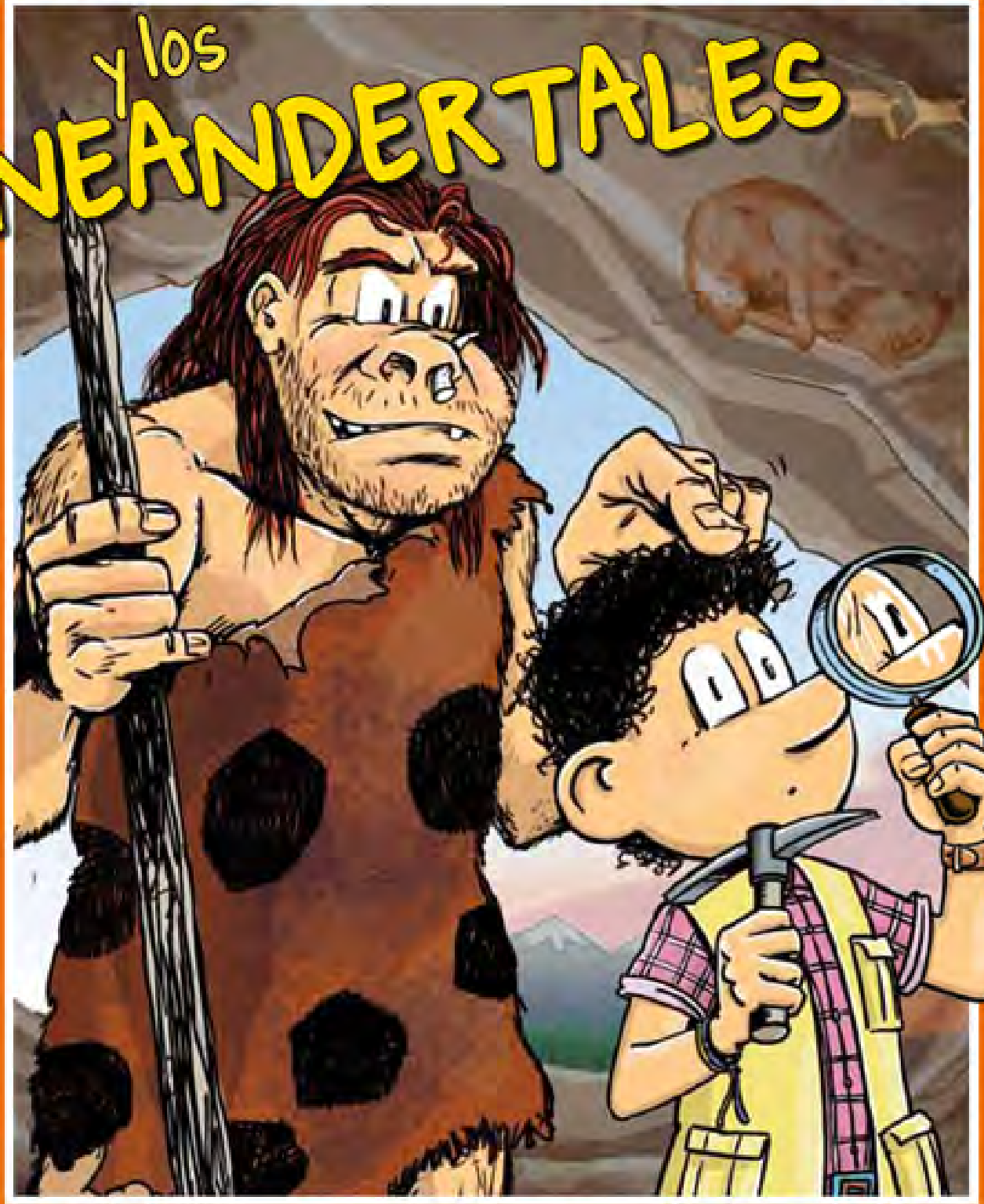
VÍCTOR

MAITE CARRANZA

Ilustrado por AGUSTÍN COMOTTO



edebé

VÍCTOR y los NEANDERTALES

MAITE CARRANZA

VÍCTOR y los NEANDERTALES

Ilustrado por AGUSTÍN COMOTTO

edebé

© Maite Carranza, 2013
www.maitecarranza.com

© Ilustraciones: Agustín Comotto, 2013
www.agustin-comotto.com

© Edición: EDEBÉ, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
Atención al cliente 902 44 44 41 contacta@edebe.net

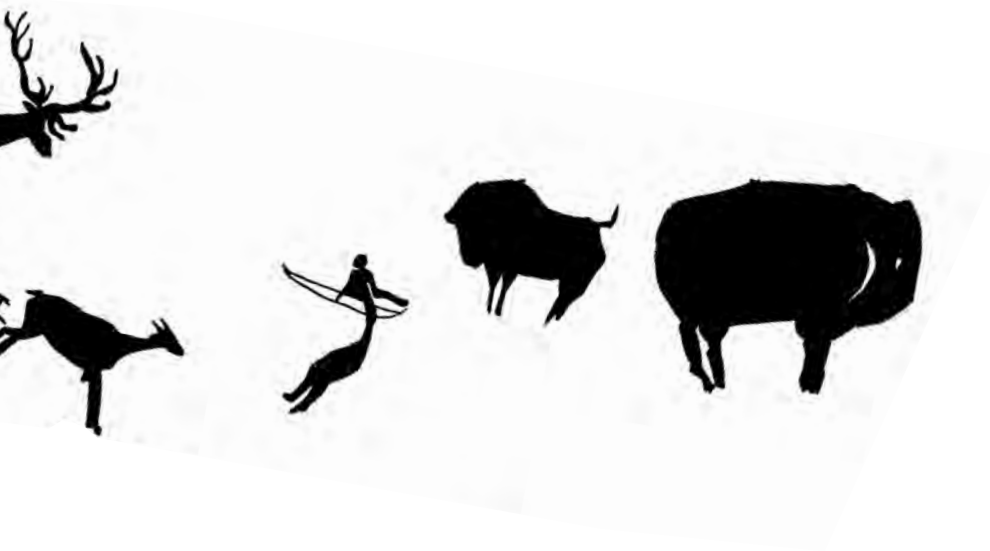
Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Diseño: Francesc Sala

1.ª edición, octubre 2013

ISBN 978-84-683-0894-4
Depósito Legal: B. 18799-2013
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

A mi Víctor.



1. La crisis nos ataca

Me llamo Víctor, tengo once años y estoy en sexto de primaria.

Tengo tres amigos íntimos: el Melón, Tormenta y el Yoyo; dos hermanastros: Claudia y Aurelio; un enemigo: Sweeney Todd; y muchos sueños: ser japonés, dibujar cómics y viajar a Jamaica.

También tengo una guitarra eléctrica y una crisis.

«La crisis es de todos», dice la tele. Así pues, también es mía.

Yo no entiendo muy bien cómo va esto de la crisis, pero por su culpa mi padre se está quedando calvo.

LO JURO.

Se ve que en la empresa de papá, cada viernes por la tarde, antes de cerrar, dejan unos sobres sorpresa encima de las mesas de algunos empleados.

Y a quien le toca le toca, como en la lotería.

Pero no es ningún regalo. Dentro del sobre hay una carta de despido que dice: **«Recoge tus cosas y no vuelvas»**.

La verdad, no son muy considerados.

Y cada viernes papá se obsesiona con la posibilidad de encontrarse un sobre encima de la mesa. Por eso los fines de semana se le cae el pelo a puñados. Es por el estrés acumulado de todo un viernes pensando: «¿Me tocará el sobre o no me tocará?».

Me he fijado y cada sábado papá está un poco más calvo. Hay pelos suyos por todas partes. Mamá, por supuesto, está histérica. De hecho ya lo era, pero ahora, con la excusa de la crisis, lo es más. Dice que tiene que tomar pastillas para dormir porque no le salen los números. Según ella, sin las pastillas no podría pegar ojo porque estaría toda la noche haciendo sumas y restas sin parar. Yo no me lo creo. Nadie es capaz de pasarse una noche entera haciendo cosas tan estúpidas como apuntar el precio de la luz, de los huevos o de las tarifas de los móviles, y venga dividir y multiplicar. En realidad, lo que no quiere es ver cómo se le cae el pelo a papá por la noche y cómo deja la almohada hecha un asco.

Es **muy fuerte** lo de la crisis.

Al Yoyo y a Tormenta sus padres ya les han dicho que este año no les podrán comprar los patines y que les tocará reciclar los zapatos del año pasado. Tormenta se ha quedado igual porque odia patinar y heredará los zapatos del Yoyo —que tiene el pie más grande—, pero el pobre Yoyo —aunque es un presumido y un egoísta— tendrá que ir en calcetines y ponerse ruedas en los pies si quiere patinar.

Se siente.

El Yoyo y Tormenta, que en realidad se llaman Borja y Mariona Bel, son amigos míos desde el verano —coincidimos haciendo la ruta del conde Drácula— y hemos pasado muchas aventuras juntos. Son muy diferentes y nadie diría que son mellizos. El Yoyo toca el piano, habla chino y ha sido el *prota* de un montón de obras de Shakespeare. Es tan asquerosamente *perfecto* que me robó el papel de Oberón en la obra de teatro *Sueño de una noche de verano* para poder ser pareja de la Ghost, la niña de los anuncios de la tele de quien me enamoré.

Tormenta, por el contrario, es muy humilde y reconoce que hay muchas cosas que no le salen bien. Ha intentado envenenar al Yoyo millones de

veces y no lo ha conseguido, y tampoco salió elegida delegada de clase porque se ponía colorada. Pero es una caña de enemiga, una chica-duende perversa y sin complejos. Hasta se hizo amiga íntima de la Ghost, mi primer amor, para traicionarme susurrándole al oído que yo llevaba calzoncillos del demonio de Tasmania y que dormía con un peluche. Aunque reconozco que fue la única que no huyó al verme con varicela. Y eso que yo daba más miedo que la niña de *El exorcista* vomitando.

En cambio, el Melón, que se supone que es ***mi mejor amigo*** y que siempre me da la razón y me dice la verdad, no fue capaz de mirarme a la

cara cuando la tenía llena de granos con pus. Salió por piernas.

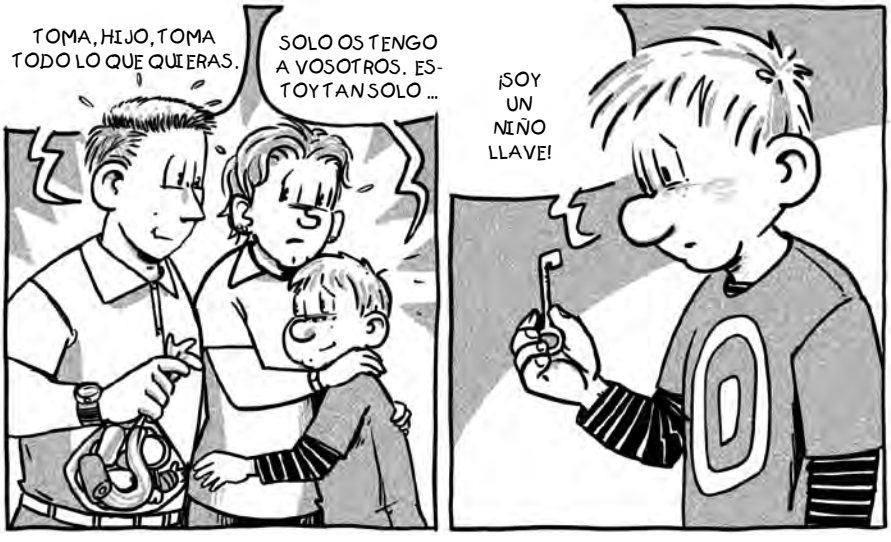
El Melón es especial. Es hijo único, tiene alergia a las arañas, una abuela millonaria, le falta potasio y es un **mutante**. Él se lo cree y presume de ser especial. Y es que lo es.

Ahora que todo el mundo sufre la crisis y trabaja menos y cobra menos, resulta que los padres del Melón trabajan más horas que nunca y seguro que ganan más dinero que nunca haciendo horas extras.

Es natural, son policías y tienen que reprimir a todos los manifestantes sin trabajo que quieren tirar huevos a los políticos que mandan y a los banqueros que roban.

El Melón se está haciendo rico gracias a la crisis. Sus padres tienen mala conciencia porque nunca están en casa, y le dan pasta para que se compre golosinas y hamburguesas y no les restriegue por la cara que lo abandonan. El Melón se aprovecha —es un aprovechado— y los manipula lloriqueando que se siente fatal porque es hijo único y está muy solo. Dice que cada tarde abre la puerta de casa con una llave que lleva colgada al cuello de una cadena y enciende las luces, la tele y la música para escuchar voces humanas y fingir que tiene compañía. Está convencido de que es un **NIÑO LLAVE** por culpa de la crisis y de que eso le costará mucho dinero cuando sea mayor, descubra que está traumatizado y tenga que ir al psicoanalista.

Por eso ahorra y no se compra golosinas.



VEINTE AÑOS DESPUÉS

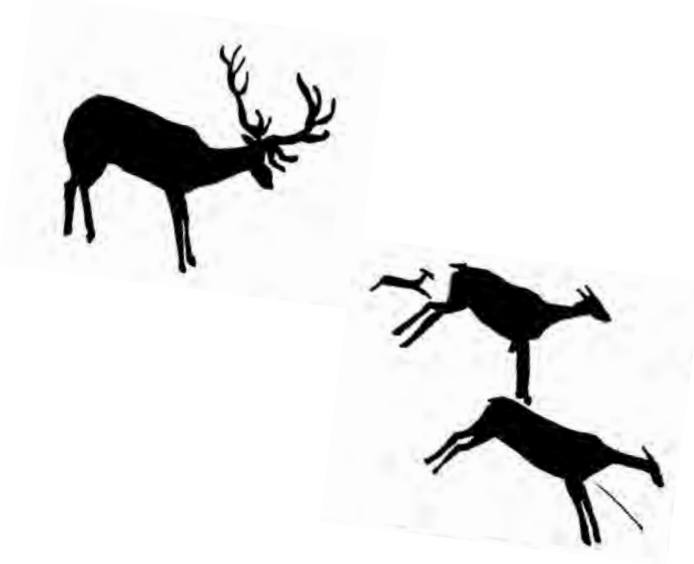
El Melón dice que él es muy sensible y que este tipo de experiencias de niño solitario e hijo único marcan mucho.

Lo sabré pronto porque mi hermano Aurelio se va de Erasmus a Dinamarca. O sea, se va a estudiar Informática con una beca europea.

No sé qué se sentirá al llegar a casa y encontrarla vacía, silenciosa y oscura.

Hace años que me lo pregunto y hace siglos que envidio al Melón por no tener hermanos.

No lo he confesado hasta ahora, pero siempre he deseado ser **HIJO ÚNICO**.

Es el sueño de mi vida.

LO JURO.